



Hubo un tiempo ya tan lejano en los sentimientos que parece colgado en el fondo de los siglos. Pero hubo un tiempo, niño mío, donde los recién nacidos eran bienvenidos así como tú eres despreciado hoy por la torpeza de traer contigo una mala hora y los recuerdos peores del hombre acorralado. No te quieras culpar si un día, crecido milagrosamente en el desengaño, atraviesas la frontera de tu primer paraíso y encuentras la realidad que siempre humilla al niño de los soldaditos buenos e inmortales, de los pájaros dioses, de los gigantes miedosos con cabezota de ciruela... Todo este desprecio no lo has traído tú, pequeño abandonado, no temas: es algo muy triste que ocultábamos nosotros mismos en los corazones y gracias a tí lo hemos descubierto. Nos duele mucho, hermanito; perdona nuestra apariencia ruín de enfermos sin ventana

En este último rumor de lluvia suelta hundió la sangre tuya una palabra húmeda en el motivo de los cuerpos. Era oscura la luz cuando viniste, ciega la sombra que pudo ver más claro; no había en el pozo un alma, quedaba el silencio llagándose los ojos. Abrió la puerta un hombre sin frontera... hijo de la tierra que nos llora, cómo una lágrima te asegura el nombre familiar y la risa de mañana, cómo esta cuna feliz, cómo el arrullo mortal de la tristeza cubrirá tu sueño infantil con tanta hondura. No me separo de tí mientras navegas, no duermo por mirarte crecer en la tormenta. Aquí estaré contigo acostado sobre el mar, hablando en las corrientes al sol de los ahogados.

Entre tu corazón y el mío desfila este pasillo que no conmueve al hombre ni revienta los frutos más amargos de la hiedra. Pero era nuestro el paso hacia nosotros. Allí aprendí tu nombre, tu caricia, tu forma, tu laguna, y se abrieron las jaulas de los pájaros que en tí anidan. En mitad de las sombras sepultamos las banderas, creció el amor sin tejernos ceremonias. Oh tú, venida de tan lejos, marítima y boscosa, llevándome al calor como un estío dulcemente luminoso, desnuda sobre la hierba recién cortada, quédate conmigo en ese tiempo indefinido que cosecha los trigales y cobija en su abrazo vegetal la enredadera. Pues soy el subterráneo motivo de los topos, el frío irregular que arrasa tus dominios, la imagen alabada por todas las cloacas, el duro miembro erigido a cualquier tumba, cuándo habrás de cruzar, mujer solar, para mí mundo. Ya te esperan los hijos roedores bajo el cieno mortal de las tinieblas. No tardes en partir hacia la noche. Tu corazón y el mío, confinados, pierden la dirección a través de un laberinto.

JALH

JALH